

# Las relaciones de poder en las profesiones de ayuda. Una cuestión ética de primer orden

TERESA ZAMANILLO

*Catedrática Emérita Escuela de Trabajo Social UCM*

**Resumen:** En este artículo nos proponemos acompañar a los profesionales de trabajo social, y docentes de las materias del mismo nombre, a reflexionar sobre el uso del poder con los ciudadanos a los que se atienden en los servicios sociales. El sistema de dominación burocrática que nos domina a todos, pero da poder (Max Weber), en concordancia con la voluntad de poder (Nietzsche) que tenemos o hemos de despertar en nosotros y en las personas con las que trabajamos, así como el poder como relación (Foucault), que no como sustantivo, son los conceptos que, como líneas reflexivas, se trabajan en estas páginas. Las conclusiones son escasas a propósito. Preferimos que sean los propios lectores los que lean dialogando con una actitud de reflexión-acción, esto es, tratando de que se convierta en práctica lo leído. Solo así habremos alcanzado nuestro deseo.

**Palabras clave:** Incertidumbre, poder, dominación, libertad, autonomía, emancipación, cuidado de uno mismo.

**Abstract:** The proposed of this article is to accompany to the professionals of Social Work, and professors of this profession, to thinking about of the use of the power with the citizens who attended at the social services. The bureaucratic system domination whom dominates to everyone, but gave power (Max Weber) in concordance with the will of power (Nietzsche) that we have to release and with the people for who we work, as well as the power as relation (Foucault), that not as substantial, they are concept as reflexives guidelines it work in these pages. In this work the conclusions are scanty on purpose. We prefer that the readers who read this article with an attitude of reflection -action, turn out in a practice. Only this way we will have reached our desire.

**Keywords:** Uncertainty, power, domination, freedom, autonomy, emancipation, take care of itself.

## CONSIDERACIONES GENERALES

Algunas personas, a medida que se van haciendo mayores, toman conciencia de muchas cosas en las que antes no habían pensado. Una de ellas es todo lo relacionado con el poder, cuestión nuclear en las relaciones sociales, cuyo uso en la comunicación está extremadamente consensuado y homologado. En efecto, la noción de poder pertenece a una de esas categorías del pensamiento social y político cimentadas en las creencias, no en las ideas, en el sentido orteguiano<sup>1</sup> de forma que permanece en la mente en estado incuestionable. El poder se entiende en términos de dominación, despotismo, opresión de uno sobre otro, en un sentido unidireccional, no en el sentido weberiano del que hablaremos más tarde.

De acuerdo con estos supuestos, en este artículo se van a plantear varias líneas de análisis que tienen por objeto deconstruir la noción vulgar de poder, con el propósito de poner en cuestión una identidad del trabajo social firmemente fundamentada en una concepción del poder que, por considerarse natural y universal, no ha revisado el lugar donde se desarrolla su trabajo: un escenario lleno de actores en el que destacan los profesionales de la ayuda, quienes muchas veces interpretan el papel del sabedor, del que no duda, del que se ha instalado sólidamente en el lugar del que sabe más que el "otro"; sabe qué le sucede, qué necesidades tiene, qué demanda, qué se le puede dar, qué información se le ha de dar, etcétera. Es por ello casi imposible plantearse qué poder se tiene en un determinado momento, a no ser que alguien o algo le ayude a reflexionar sobre esta compleja cuestión.

1. Ortega llama a las creencias "ideas" básicas. Estas no surgen en un momento determinado de nuestra vida, no son pensamientos ni ocurrencias; no son tampoco razonamientos. Son creencias radicales que las confundimos con la realidad misma -son nuestro mundo y nuestro ser-, de tal forma que se puede decir: "Las ideas se tienen; en las creencias se está."

Esta ha sido la experiencia que hemos llevado a cabo con pasión, durante muchos años, coordinadora, observadoras y alumnos, en los grupos de reflexión-acción que inspiraron el libro de *Trabajo social con grupos y pedagogía ciudadana*. Con estos grupos hemos intentado ayudar a los más jóvenes a elaborar un pensamiento autónomo, un tipo de conocimiento que pusiera en duda las preconociones o creencias que traen los estudiantes después de años de formación anterior construida sobre cimientos epistemológicos en estado acrítico. En efecto en ese espacio se ha podido reflexionar entre todos sobre unas relaciones regidas por criterios de respeto al poder del otro, unas relaciones fundamentadas en las complementariedades entre los distintos roles y personalidades, se han podido analizar los efectos de la rivalidad en escalada; en fin, se ha podido observar en el campo de la experimentación la conducta propia y la de los otros tratando de aprender como cuidarse uno mismo y como cuidar a los otros. Y... ¡cómo no! Los cambios en las preconociones sobre el poder han sido también el producto de la experiencia de conversaciones reflexivas con personas amigas, formadas en similares escuelas de pensamiento; así como el fruto de un ejercicio de la profesión, junto a la formación continuada y las lecturas seleccionadas, que ha transcurrido en coherencia con un modo de pensar libre: aquel que ha elegido el camino de la duda y ha aceptado la incertidumbre; aquel que se ha atrevido a pensar de un modo diferente al que se ha instalado en la sociedad con el denominado *pensamiento débil*, pensamiento alienado, víctima y aliado del *poder dominante*<sup>2</sup>.

En esta línea reflexiva se plantea este artículo que tomará como principales referencias la experiencia en el campo del trabajo social, toda vez que son muchos los años que llevamos reflexionando sobre el uso del poder en las relaciones profesionales; y el libro titulado *Ética, teoría y técnica. La responsabilidad política del trabajo social*. Fue a raíz, precisamente, de la finalización del libro citado, elaborado por profesoras del Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Escuela de mismo nombre, en la Universidad Complutense de Madrid, cuando pensamos que este tema había de generar muchas más reflexiones en adelante. Se trata de una investigación cualitativa en la que se han realizado quince entrevistas con el fin de profundizar en los

criterios éticos que presiden las actuaciones de las profesionales de trabajo social. Uno de los aspectos centrales de este trabajo ha sido la relación del poder que mantienen las profesionales con los sujetos-ciudadanos a los que atienden. Este descubrimiento no buscado, llamado *Serendipity*, a la manera del uso que hizo Merton para la sociología, nos ha estimulado a profundizar con mayor calado en este tema. Y, sobre todo, como suele suceder casi siempre, porque un afán se esconde detrás de estas páginas: el de proporcionar a las y los trabajadores sociales elementos de análisis para reflexionar, aún cuando no “tengan tiempo ni espacio para el análisis”, lamento frecuente que se verá cuando salga a la luz el libro, y que podría ser también objeto de otros estudios necesarios desde nuestro punto de vista, esto es: tratar de conocer qué hay detrás de esta constante queja.

Porque los trabajadores sociales, en general, emplazados en un contexto de demanda-oferta, desde una perspectiva relacional asimétrica y homogeneizadora, con una mirada unidireccional y causal de las situaciones problemáticas o de las carencias del saber, han hecho caso omiso de las nuevas reflexiones sobre la complejidad que envuelve al encuentro entre trabajadora social y sujeto<sup>3</sup>. Y es que las necesidades de los que no tienen nada han estado en todas las épocas predefinidas de antemano por los que ostentan “el poder de dirigir las vidas de los demás”. Este modo de concebirse uno a sí mismo como profesional roza con los aspectos éticos, teóricos y técnicos de la profesión de forma muy fronteriza. Por eso es preciso conocer cuanto antes que la complejidad de las relaciones profesionales no se halla únicamente entre este par de actores citados, sino que surge de la conjunción entre distintos ámbitos institucionales y de la vinculación entre múltiples participantes. Este vasto escenario da lugar a complejas situaciones que no han sido analizadas en la literatura profesional del trabajo social más que en muy contadas ocasiones<sup>4</sup>.

¿Qué ha sucedido en nuestra profesión y en otras llamadas de la ayuda para haber renunciado al análisis de estos espacios de relación? Desde nuestro punto de vista, la razón principal se encuentra en la tan evidenciada negación de la teoría como intermediación con la práctica. Y así, una vez más, hemos de manifestar que el desdén hacia la teoría imposibilita reconocer la

2. La cursiva destaca la percepción común y real del poder: sentirse obligado por algo o alguien, coacción, dominio, etc. Según estos significados, en este trabajo nos referiremos a las dos formas del tratamiento comunicacional acerca del concepto de poder: la vulgar y la científica. La primera, ya lo hemos dicho, se confunde con dominación, autoridad, sumisión, etc. y, por supuesto, es una forma de ver el poder como algo real, experimentable por todos los ciudadanos sometidos a alguna forma de poder. Por eso nos interesa destacar su otro significado: el poder como potencia activa, capacidad, facultad, *voluntad de poder*. Este es el lado al que permanecemos ciegos, dada nuestra concepción pasiva del sometimiento.

3. En este trabajo nos vamos a referir constantemente al usuario o cliente como sujeto o ciudadano. Es una crítica y una forma de resistencia a la homologación que se ha establecido en los servicios sociales con las denominaciones de cliente y usuario. Estas son producto del vocabulario mercantil, además de que todos somos clientes y usuarios, bien de una entidad bancaria o de una empresa de seguros o bien de la administración. Empero, en trabajo social estas denominaciones han adquirido una complementariedad rígida, cuyo fondo está teñido de un significado de alguien que está en un lugar inferior en la escala jerárquica-administrativa, el lugar que es propio, se quiera o no, del que pide algo, generalmente algo económico, por su situación de carencia. De alguna forma, se sugiere con estos calificativos que en ese lugar se es, no se está temporalmente. Si esto segundo fuera realmente así, todas las intervenciones serían un verdadero acompañamiento a los procesos de empoderamiento y autonomía y las ayudas económicas no serían más que un medio para salir de la situación de necesidad. Concebido de esta forma, el sistema de servicios sociales es un sistema estático que mantiene a los sujetos sujetos a una situación de permanente demanda de la que es muy difícil salir.

4. Ver artículo de Alfonso Rodríguez y T. Zamanillo. “El pensamiento de Mary Richmond. Algo más que una ventana al pasado”. *Cuadernos de Trabajo Social*. UCM nº 24, Madrid, 2011

potente capacidad que tienen las categorías analíticas para nombrar de otra manera los hechos, las relaciones, las contingencias y los fenómenos que nos envuelven y a los que debemos hacer frente. Y nombrarlos de otra forma es poder mirarlos de distinta manera, mirada que nos ayudará a intervenir diferentemente. Se trata, también, de encontrar un lenguaje más alejado del que describe el sujeto con el que hemos de trabajar el daño que sufre por su exclusión, marginalidad, multiproblemática, etcétera. Se trata de realizar un esfuerzo para superar la ingenuidad que resulta de una cooperación en la realidad "real" del otro, para reconstruir un pre-saber que se supone que es lo "real", lo "verdadero". Sin ese esfuerzo, como dice Habermas, estaría en tela de juicio la pretensión de objetividad con que se nos presenta el conocimiento en ciencias sociales.

En este artículo no vamos a dar soluciones, solamente queremos aportar elementos de análisis para pensar dialogando en el encuentro con el lector. Porque el acto de pensar moverá nuestras mentes y producirá ciertos cambios en nuestro conocimiento; cambios que nos pueden ayudar a encontrar nuevas conductas éticas para dirigir nuestras relaciones profesionales. La propuesta es: puesto que no podemos cambiar a los demás, y mucho menos el sistema, cambiémonos nosotros.

La estructura del mismo es la siguiente: el trabajo está formado por esta presentación y un solo apartado que, como unidad, contiene tres sub-apartados seleccionados para el objeto de análisis, con el fin de que sus pensamientos sirvan de soporte a una mejora de la intervención social. Para cumplir con este propósito, en este gran apartado se entrelazan las nociones más abstractas sobre el concepto de poder con las observaciones que nacen de la experiencia de los trabajadores sociales recogidas en el libro citado que ha inspirado estas páginas: la investigación sobre ética, teoría y técnica. Además se han utilizado otras fuentes de análisis del trabajo social que han estudiado a Foucault. Estas han ayudado a completar la exploración realizada. En el primer sub-apartado se analiza el concepto de dominación en Weber, en el segundo, el de poder con Nietzsche y en el tercero también el concepto de poder con Foucault. ¿Por qué esta elección? Por un lado, con Weber se podrá comprender la estructura de la dominación burocrática, conocimiento que nos parece esencial para ahormar la mente de los trabajadores sociales, en la medida en que en muchas ocasiones estas/os toman posiciones de rebelión y queja constantes frente a las exigencias de la administración, postura que a menudo lleva al inmovilismo. Precisamente por esta última razón, queremos advertir que, con la comprensión del sistema burocrático, no se pretende que los profesionales se "resignen" ante su dominio, sino que creemos firmemente en

que todo conocimiento del marco en el que se trabaja puede ayudar a elegir más y mejor las estrategias de innovación. Con Nietzsche y Foucault se podrán conocer también las transformaciones que ha tenido el concepto de poder en los últimos tiempos. Se trata de acercarse a él desde una perspectiva amplia que se aleje de los significados maniqueos que impregnan las preconiciones o ideas preconcebidas que se tienen del poder.

Así pues, las principales líneas de análisis que queremos traer a estas reflexiones son: la burocracia como sistema de dominación; la voluntad de poder; la relación entre sujeto y verdad, el cuidado de uno mismo y el cuidado de los otros y el gobierno de sí. Hemos elegido a propósito a los filósofos de la modernidad del Siglo XIX y XX puesto que creemos que en ellos se encuentran las fuentes del pensamiento postmoderno sobre la necesidad de analizar la realidad atendiendo a su complejidad; se halla en ellos la mirada que ve la vida social desde distintas perspectivas, la auto-observación de uno mismo como necesidad de comprender la relación con el otro sujeto, etcétera. Nuestro deseo es contribuir con este trabajo a reflexionar el pensamiento postmoderno desde estas perspectivas de los filósofos clásicos. Pensamos que de esta forma, yendo a los orígenes, se podrá comprender mejor los elementos de análisis que aportan los nuevos pensadores, cuya máxima aportación es la de poder aplicar sus presupuestos a la práctica.

## ALGUNAS LINEAS DE ANÁLISIS PARA REFLEXIONAR SOBRE EL PODER

Libertad, emancipación, autonomía, diferenciación del sí mismo, son ingredientes necesarios, entre otros, para ejercer con ética el poder. El buen uso del poder exige un alto grado de individuación. Esto significa poner distancia de las cosas de la vida cotidiana. En definitiva, exige *adueñarse de sí mismos*, esto es, responsabilizarnos de las acciones que vayamos a acometer una vez pensadas, sopesadas y argumentadas. Así pues, la ética es responsabilidad profesional y personal (Cortina, A. cit. por Maribel M. Estalayo, 2011).

Más para hablar sobre el poder podríamos comenzar por cualquier filósofo clásico, por ejemplo, Maquiavelo, Hobbes o Rousseau, pero nos vamos a centrar en la modernidad cercana con Max Weber (1864-1920) y Nietzsche (1844-1900) con el objeto de acercarnos a este concepto eje de la vida toda. Posteriormente volveremos a Foucault<sup>5</sup> (1926-1984), quien amplía el concepto de poder hasta llevarlo a la ética del cuidado de uno mismo como premisa para el cuidado de los otros.

El concepto de poder, se decía en la introducción, presenta confusiones con otros afines, pero que no tienen exactamente

5. Es en el texto de T. Zamanillo: *Trabajo social con grupos y pedagogía ciudadana*, Ed. Síntesis, en el que se trata ampliamente el concepto de poder con varios filósofos, entre ellos, Foucault, cuyas lecturas son imprescindibles para todo aquel que desee adentrarse en una concepción relacional de este concepto.

el mismo significado desde una perspectiva científica. El concepto de dominación es también muy confuso, excepto en la teoría política, razón por lo cual es preciso que nos introduzcamos en él con el fin de conocer el contexto en el que se desarrollan las profesiones de trabajo social. De este conocimiento se va a desprender un tipo de narración sobre las relaciones de poder con los ciudadanos muy diferente del de otros contextos tales como los comercios, los clubes, las asociaciones lúdicas, etcétera).

### Max Weber. La burocracia

Las profesiones de "lo social" se encuentran integradas en el aparato administrativo burocrático que en el concepto weberiano se designa como dominación legal o racional, forma moderna del ejercicio de la dominación. Algunas pinceladas sobre este escenario administrativo nos ayudarán a ver en qué códigos nos movemos, tanto si el servicio que se presta, y la gestión que se lleva a cabo, es de carácter público o privado.

¿Qué es la dominación? Es una relación de poder muy específica ya que presenta la *obediencia* a un mandato. En ella no se da una mera imposición de la voluntad de uno sobre la de otro, sino que existe un sometimiento, una aceptación del mandato, lo cual indica, dice Abellán en el prólogo al libro, que existe una base, un motivo para ello. No se trata, pues, de tener la capacidad para imponer la voluntad de uno sobre otro con carácter general, en cualquier situación, no; en el tipo de dominación burocrática se ha de garantizar el cumplimiento del mandato dado por una persona a otra; es una relación en la que se produce una estructura de mando-obediencia, lo que resulta relevante para la sociología ya que el poder se ancla en la estructura social (2010: 18-19).

Para Weber, el tipo más puro de dominación legal es el que utiliza el aparato administrativo burocrático; en él los puestos están ocupados por funcionarios que operan según criterios establecidos. Algunos de estos son: la organización jerárquica; el sistema de mando-obediencia; la delimitación de sus competencias; la selección se lleva a cabo sobre la base de una cualificación técnica; tienen remuneración económica; se establece una carrera administrativa que contempla un sistema de promoción; el funcionario está sometido a una disciplina estricta y a un control de su comportamiento en el cargo, etcétera. Se aplica este tipo de organización en principio, tanto a una actividad económica lucrativa o a una organización caritativa o a cualquier otro tipo de empresas privadas con fines materiales o ideales. La administración burocrática es la forma más racional de ejercer la dominación desde el punto de vista técnico formal y actualmente, dadas "las necesidades de una administración de masas la hacen comple-

tamente indispensable", dice Weber. En fin, por administración burocrática se entiende la "dominación en virtud del conocimiento". Este es el rasgo que le da su carácter racional específico. El conocimiento especializado genera una potente posición de poder (2010:72-81).

Aquí viene bien parar un minuto para preguntarse: ¿son conscientes los trabajadores sociales de estar en una situación de tanto poder? ¿Hasta qué punto? ¿Cuál es su disposición para tomar el poder con respecto a la función de control social que se les tiene asignada? ¿Cuáles son los límites con los que se encuentran? ¿Los pueden asumir? ¿De qué depende que tengan la capacidad de asumir o de hacerse cargo de realidades tan contradictorias? Estas cuestiones se quedan de momento sin respuesta ya que sin otros estudios empíricos que nos proporcionen más narrativas al respecto no es fácil poder contestarlas. Por ahora, después de años de experiencia en grupos y supervisión podemos afirmar que no son muy conscientes. También se podrá ver esta afirmación en algunas de las respuestas que se encuentran en las entrevistas realizadas para el libro que se ha citado sobre ética, teoría y técnica. El poder, al igual que la libertad da miedo, confunde, se ve como algo que no se debe tener, que es algo propio de otros, que es malo...

Como señala en las observaciones Maribel M. Estalayo, "los dilemas planteados respecto a la función de control no son tales sino simplemente el rechazo o incapacidad para aceptar y llevar a cabo dicha función. Esta inseguridad y dificultad en los profesionales solo puede resolverse, desde nuestro punto de vista, con reflexión, formación, supervisión, etc., que les ayudará a ver claro y a asumir el papel de control como parte de la intervención social"<sup>6</sup>.

*Yo creo que tenemos control, o sea un trabajador social muy de a pie tiene control y tiene poder sobre determinadas decisiones, juicios y orientaciones de cada caso ¿no? Y a veces da miedo, dependiendo mucho quien sea y en manos de quien (tenga la información) (2011: 30).*

Pero el problema se les plantea cuando del mandato y la obediencia que han de regir sus actuaciones profesionales se deriva un malestar profundo por creer que su labor puede ser confundida con la del policía. Esta es la ambigüedad del trabajo social que es necesario comprender bien, con el objeto de plantearse las estrategias más idóneas que sirvan para dirigir los procesos de intervención en un sistema tan lleno de paradojas. Viene a colación traer las observaciones de Laura Epstein en relación a las paradojas que envuelven al trabajo social: La imagen de los

6. Las comillas corresponden al texto y a las notas extraídas del primer capítulo del libro *Ética, teoría y técnica. La responsabilidad política del trabajo social*. Maribel Martín Estalayo: "Los dilemas éticos en la profesión de trabajo social". 2011. Ed. Talasa.

trabajadores sociales “es benévola”, y de acuerdo a su función: la de administrar la ayuda para quienes lo necesitan. Sin embargo, al mismo tiempo se valora la auto-determinación y la autonomía individual. Más allá de que la cuestión se plantee para la trabajadora social de la siguiente cita como un dilema ético, estamos con Epstein en lo siguiente: “Existe una incertidumbre acerca de su propósito, debido, en parte, a las numerosas estratagemas que disimulan su poder para conformar y controlar pensamiento y conducta” (2001: 81). Nos encontramos aquí ante una de las grandes contradicciones del trabajo social de la que no se es consciente, al menos en España, en la medida en que no ha sido suficientemente reflexionada en la literatura de la disciplina.

Debido a la idealización constante que se ha hecho del trabajo social en el seno de la profesión no se comprende muy bien que una de sus funciones sociales está enmarcada en ese llamado “control dulce”. Desde posiciones tan idealizadas no es fácil ejercer como profesional de la administración burocrática sin quebrarse; porque no se puede pedir al sistema que cambie solo mediante el poder de la voluntad personal de uno o de varios. Y más, en la medida en que uno no está desvinculado del sistema, sino que forma una unidad en la que, ineludiblemente la mirada del profesional se encuentra impregnada y condicionada por lo que ve. Es el principio de incertidumbre. Según esto, hemos de preguntarnos, por ejemplo: ¿la crítica contra la dependencia de los usuarios es coherente? ¿En qué medida nosotros estamos también involucrados en ese sistema de dependencia de tal forma que contribuimos a su dependencia? La pretensión de una mirada “objetiva” sobre la institución entra también en los juegos de poder en los que nos encanta recrearnos; es una idea que se forma sobre un concepto de uno mismo como alguien ideal; es una idea que nos lleva a pensar en estos términos: esto es muy irracional, yo soy mejor que esto que veo. De ahí que si se pretende ejercer influencia en el sistema, el cambio ha de hacerse en uno mismo.

Este planteamiento sirve tanto para el trabajo social de corte más clásico que propone la reforma de los individuos y de su entorno, como para el trabajo social con perspectiva crítica. Porque del medio forman parte las instituciones como objeto de transformación de las intervenciones de los trabajadores sociales. Sin embargo, la mirada que se tiene de las instituciones como organizaciones imperfectas, hace que se les exija que resuelvan todo. Proponemos, en su lugar, poder verlas como realidades complejas que tienen en su seno, como analiza Félix del Castillo, el conflicto, la imprevisibilidad, las contradicciones, la confusión, la ambigüedad, etcétera, como condiciones constituyentes organizacionales (1997: 224). Por ello, la cita siguiente del libro mencionado en el capítulo de Maribel Martín Estalayo que estamos siguiendo ahora,

da mucho juego a las reflexiones que han de incorporarse a la profesión:

*Lo que no puede ser es que el trabajador social o la institución se conviertan en un policía de la gente que investiga cosas de éstas, éste es uno de los grandes problemas. Es decir, cómo resolver el dilema ético de no convertirte en policía pero tampoco ser el amigo de nadie, porque no es la estrategia ni convertirte en algo blandito en donde todo el mundo se cuele ¿sabes? (2011: 30).*

Nos hallamos también aquí ante uno de los principales dilemas de la profesión de trabajo social, diríamos, no ético pero sí estético, que creemos debe ser resuelto en la formación de las escuelas. Para Laura Epstein, el problema lleva en su seno una “disonancia básica” que se resuelve mediante “un estilo refinado” para conciliarla. Así, dice, “es común proclamar como intenciones del trabajo social tanto la ayuda a la gente para que se acomode al *status quo*, como el desafío al mismo mediante el intento de provocar un cambio social. Esta disonancia es intrínseca a la naturaleza del trabajo social” (2001: 87). Esta solución, reconocida por la autora para EEUU, no es tan común en España. En nuestro país suele permanecer la representación bipolar y dicotómica, como si se tratara de actos profesionales excluyentes, al menos cuando se habla de estos aspectos, ya que en la práctica los profesionales se adaptan a las contradicciones del sistema. En la siguiente cita del capítulo tercero, elaborado por Carmen M<sup>a</sup> Roncal, vamos a ver esta radicalización respecto a los cometidos de la administración burocrática:

“Decíamos también que la organización está atravesada por la dimensión política que en su ejecución produce múltiples contradicciones y contrariedades ideológicas en los profesionales. Hay todo un escenario de relaciones de poder difícilmente resoluble que inquieta a los profesionales en su labor diaria”<sup>7</sup>.

*...el tener que estar realizando unos cometidos en los que, en algún caso, no comparto, ni creo y que además, no dejan de ser muchas veces... el órgano ejecutor de políticas o de criterios, con los que por ejemplo yo no estoy de acuerdo y que además van en contra en algún caso de los trabajadores sociales pues tenemos que promover la iniciativa de las personas, modificar los cambios... Sí que me resultan algunas veces complejos... a veces somos... tenemos una función de controladores, de mantenimiento del estatus ¿para qué? para que se quede todo igual, Y eso sí me genera, digamos conflictos, de lo que estoy haciendo... (2011:87).*

7. Las comillas corresponden al texto y a las notas extraídas del segundo capítulo del libro *Ética, teoría y técnica. La responsabilidad política del trabajo social*. Carmen M<sup>a</sup> Roncal: “La ética en las organizaciones sociales y en los equipos de trabajo”. 2011. Ed. Talasa.

Pero las desviaciones a la disciplina, y al “control estricto de su cargo”, al que están “teóricamente” sometidos los funcionarios también existen. Pero hay un amplio margen de libertad que se presenta como: “la otra cara de la moneda –la falta de límites a la libertad–”, como se va a ver en la siguiente cita. La pregunta que plantea esta cuestión es, de nuevo: “¿Para qué la libertad? ¿para ejercerla no sólo sin el control de los jefes sino también sin el control de una orientación teórica y técnica con el objeto de que el profesional introduzca orden en el caos de su pensamiento? Un orden necesario que le puede llevar a reflexionar sobre su ejercicio profesional, deteniéndose en medio de la urgencia a la que se está exigida muchas veces por la necesidad de atender los casos en el menor tiempo posible. Aparece aquí la libertad referida en términos de *laissez faire* y de perversión organizativa”.

*... creo que tengo mucha libertad, pero eso es una consecuencia perversa de la mala organización que tiene el sistema. No creo que sea una libertad que se dé desde la confianza y desde la plenitud. Yo sé, y sé que algunas de las cosas que yo hago, cuando trascienden, muchas veces desde el cariño y desde la función de supervisión que tienen que tener determinadas personas, se me dicen cosas o se me dan toques porque yo lo cuento. Si no quisiera contar yo podría estar haciendo barbaridades. Me consta que a veces se dicen cosas muy bestias, que contradicen principios éticos de los derechos humanos en los despachos, me consta, y nadie lo dirá. Por eso te digo que creo que es un efecto perverso de la organización. Soy libre, pero más que nada porque me dejan a mi rollo. No estoy muy supervisada, y eso, pues es bueno o malo... Seguro harán barbaridades... (2011: 89).*

Mas, también encontramos que hay algunos profesionales que sí comprenden sus funciones en el amplio sentido del término, esto es, como administración burocrática. Así lo destaca M. Martín Estalayo: algunos profesionales no rehúyen el ejercicio de control: “se incorpora como un elemento positivo en el ejercicio de protección de los derechos sociales”. Es toda una muestra de individuación necesaria para ejercer la profesión desde la perspectiva del gobierno de uno mismo, dicho en términos de Foucault:

*Ahora sí entiendo qué es control y no me ha importado ejercerlo, porque he considerado que un trabajador social era un individuo delegado por la sociedad para proteger a aquellos que en un momento determinado eran más débiles para poder resolver sus derechos. Yo sí lo he ejercido, lo he ejercido*

*sabiendo que eso creaba una situación de rechazo por parte de la persona atendida o por el entorno de la persona atendida y también un rechazo por parte de los profesionales, los equipos en los que yo trabajaba (2011: 30).*

La falta de comprensión de los mecanismos burocráticos lleva al error de plantear, como destaca M<sup>a</sup> Concepción Vicente, “la queja sobre la burocratización del trabajo social (...) como una cuestión pareja a la ética”<sup>8</sup>. Y, añadimos aquí: parece que en lugar de tratarse de actos profesionales complementarios, los protocolos administrativos y la relación profesional, fueran excluyentes:

*...creo que con las compañeras de UTS se está perdiendo la intervención por... y se está priorizando la burocratización. Creo que hay tareas que no las deberíamos hacer nosotros, creo que hay tareas que las podrían hacer otros profesionales, Auxiliares de Servicios Sociales, y que serviría para rentabilizar mucho más nuestro trabajo, pero lo considero necesario (2011: 55).*

“Por ello, traemos la siguiente cita en la que se ve claramente cómo la queja sobre la burocracia es un mecanismo de racionalización y una acomodación que ayuda a huir del compromiso con la formación, no sin cierta autocrítica”:

*... si la gente supiera más se atrevería a hacer más cosas y se esconderían menos detrás de los papeles. Yo me he escondido mucho detrás de los papeles... Y por eso tenía también mucho rechazo a ser trabajadora social, porque veía los papeles y, por un lado, estaba enfadada de estar detrás de los papeles y, por otro lado, estaba asustada... (2011: 55).*

“Si la gente supiera más...” He aquí otro anhelo... Como vemos, se reconoce la falta de formación, pero no se pueden aceptar las contradicciones del sistema, porque, en definitiva, todos creemos que la falta de justicia y equidad es una cuestión que podría resolverse con una voluntad política de justicia distributiva. Es una creencia profundamente arraigada en todos nosotros que es muy difícil de modificar y conseguir que no impregne nuestras prenociones en la investigación y en la intervención como reflexión-acción. De hecho, si las personas concienciadas que hemos elegido un paradigma de emancipación, tratáramos de trabajar con los grupos de ciudadanos con la estrategia del empoderamiento ¿qué resultados daría en un sistema como el que tenemos? He ahí una línea de investigación. Pongámonos manos a la obra de investigar.

8. Las comillas corresponden al texto y a las notas extraídas del segundo capítulo del libro *Ética, teoría y técnica. La responsabilidad política del trabajo social*. M<sup>a</sup> Concepción Vicente: “Las complejas e ineludibles relaciones entre ética, teoría y técnica” 2011. Ed. Talasa.

En este punto es necesario conocer cuánto nos condiciona, como señalábamos antes, la mirada que nos impone un sistema de servicios sociales marcado en su disco duro por la dependencia, al que, digámoslo en términos de Lacan, "somos sujetos sujetos"; o, dicho de otra forma con palabras de una de las entrevistadas: "somos controladores controlados". Para poder comprender y aprehender toda esta complejidad, traigamos, en un primer momento, las observaciones de Félix del Castillo sobre las organizaciones: "para acercarse a una organización y obtener perspectivas de cambio, lo más importante es zambullirse en ella sin intentar una descripción "objetiva" de la misma: Lo más relevante del fenómeno relacional está sumergido, no es evidente, es implícito y emerge en coherencia con la posición y la mirada del observador" (1997: 224-225).

Y para entender mejor el sistema burocrático y sus incoherencias, recojamos con otros autores algunos aspectos más concretos de la dominación burocrática en su versión del sistema de política social. ¿Qué sucede con el Estado de Bienestar, aparte de su desmantelamiento creciente del que son, en mayor o menor medida, responsables los partidos tanto de la derecha como de la izquierda socialdemócrata? Nos centraremos para responder en unas reflexiones de Cubides, H., (2006), citando a Boaventura de Sousa. Este último establece la clasificación que sigue de las grandes estrategias de las políticas sociales: *políticas de igualdad y bienestar o de desigualdad y exclusión*. Y continúa con la siguientes observaciones: "el dispositivo ideológico que intenta oponerse a la desigualdad y la exclusión es el universalismo, y desde dos formas: antidiferencialista y diferencialista. El primero opera mediante los principios de la ciudadanía y de los derechos humanos; el segundo surge ocasionalmente y ubicándose al margen ante el fracaso del primero, y se expresa en segregación o condena cultural" (ibid. 108). Que nos encontramos ante el segundo de los panoramas no hay duda. La cuestión es cómo moverse entre estas contradicciones irresolubles siendo leal a los principios de emancipación, ciudadanía y derechos humanos, principios que tienen muchos trabajadores sociales que comparten los criterios rectores de los procesos de desarrollo de la autonomía del sujeto.

Mas, lo que sí se puede ver es que en estos momentos de la historia no estamos solas; es cuando lo estamos menos que nunca; hoy podemos sentirnos acompañadas/os en los procesos de cambio de la sociedad por una multitud de ciudadanos de todo el mundo que nos estamos levantando para frenar los abusos del poder. Ahora ya no podemos definirnos solo como una "profesión de cambio" como en los años setenta, no; aquella noción tan vaga que nos acompañó en los momentos difíciles de la dictadura ya no sirve. Hoy podemos trabajar en los marcos locales o en los más amplios si queremos militar; podemos trabajar en el lugar que nos sitúan nuestras condiciones de vida que es ya una lucha política, como destaca Foucault. Esta es la opción

de la militancia. Y si del trabajo profesional se trata, dejémonos inspirar por las lecciones que nos dieron los sabios que nos precedieron para saber más de uno mismo y mejorar así nuestra labor profesional, lo cual implica mayor compromiso con la formación continuada y el cuidado de uno mismo; trabajemos también codo con codo con los movimientos que se añaden cada día a la lucha por mejorar unas condiciones de vida cada vez más difíciles para todas y todos.

Y, volviendo atrás, recordemos qué es la burocracia para Weber: por administración burocrática se entiende la "dominación en virtud del conocimiento". Este es el rasgo -decíamos- que le da su carácter racional específico. El conocimiento especializado genera una potente posición de poder. Esto es lo que necesitamos en trabajo social y es lo que queremos estimular en *todas y todos* los trabajadores sociales: que pongan su voluntad de poder en *ser más*, en acceder más y mejor al conocimiento. Y con esta invitación en el más puro sentido de Nietzsche pasemos al segundo de los grandes filósofos.

### Nietzsche. La voluntad de poder

¿Por qué elegimos a Nietzsche en primer lugar? Porque, entre otras muchas de las influencias que ejerció en el pensamiento moderno, precede a Foucault y es de quien este se inspira; y porque es el filósofo que abre la puerta a la postmodernidad y con ello a la importancia del individuo frente al *rebaño*. Por el contrario a lo que hoy se considera, que el individualismo tiene un sentido negativo, lo que encontramos en Nietzsche es su forma positiva: afirma categóricamente que "resulta una forma sencilla e inconsciente de la 'voluntad de poder' (...) el individualismo es como el primer peldaño de la voluntad de poder" (2004: 515).

Podríamos seguir ampliando los porqués que nos motivan a traer a este análisis a un filósofo tan controvertido pero, para nuestro propósito, es fundamental lo que vamos a demostrar a continuación. Así pues, entremos cuanto antes en el libro titulado *La voluntad de poder*, su obra póstuma, y la más importante para él, con el objeto de destacar proposiciones sugestivas para los cimientos epistemológicos del trabajo social. Esta obra muestra una mezcla de denuncia y crítica, agria en ocasiones, que induce, no solo a la reflexión, sino también a la acción, pues supone un cierto reto y un estímulo hacia la transformación del pensamiento. Nietzsche es provocador, rebelde, sus ideas agitan los sentimientos y las creencias más arraigadas, hacen dudar e incitan con pasión a una reflexiva mirada sobre casi todo lo que ha sostenido nuestro armazón ético hasta la modernidad. Es un instigador, y eso es lo que quiere ser. Su pensamiento desestabiliza las "verdades" firmemente cimentadas; veamos cómo: "El afán de verdad es un anhelo de estabilización (...). La verdad no es en consecuencia

algo que esté ahí y que haya que sorprender y encontrar, sino algo que hay que inventar, que dé su nombre a una operación" (ibid: 375).

Y... ¿Qué es la voluntad de poder? Este concepto no puede confundirse con querer tener poder. La voluntad de poder es querer "ser más"; es querer aumentar el propio poder porque la "única realidad" es "querer devenir más fuerte a partir de cualquier punto de fuerza". No se trata de conservarse a sí mismo, sino "de apropiarse, de adueñarse, de ser más, de hacerse más fuerte" (ibid: 463). Y hacerse más fuerte es saber "decir no allí donde el no es más peligroso", es "libertad de espíritu" (ibid: 328). Al concepto triunfal de fuerza de los físicos "se le debe añadir una voluntad interior definida por mí como voluntad de poder, o sea, deseo insaciable de mostrar potencia, o empleo, ejercicio del poder como instinto creador, etcétera". Y para llegar a ser más fuerte hay que decidirse lentamente y atenerse "con tenacidad a lo decidido. El resto se nos dará por añadidura" (ibid: 418). La voluntad de poder podemos hallarla en aquellos individuos dispuestos a gobernarse a sí mismos, cuestión que recogeremos más adelante con Foucault.

No hemos encontrado mejor ejemplo entre las lecturas de que disponemos que la de mostrar qué es la voluntad de poder por medio de las siguientes palabras de Henry Moore sobre la escultura: "Pero que una obra no se proponga imitar la naturaleza no significa que sea una forma de rehuir la vida: puede ser una forma de penetrar en la realidad, no un sedante ni una droga, ni el mero ejercicio del buen gusto, (...) sino la expresión del significado de la vida, una exhortación a esforzarse cada vez más en la tarea de vivir" (1934; 2011: 50).

Mas, en las entrevistas que hemos realizado son pocas las referencias que tenemos para poder mostrar la voluntad de poder de las y los trabajadores sociales, exceptuando el capítulo de Paloma de las Morenas del libro que estamos analizando, en el que sí se puede percibir su gran voluntad de poder para hacer del conocimiento un camino de vida profesional y personal. Lo mismo se puede recoger de la entrevista a Patrocinio de las Heras del mismo libro. Ambas son un monumento a la voluntad de poder. Sin embargo, en las entrevistas que hemos realizado sobresalen más las quejas y los lamentos que los logros y los sentimientos de poder, aunque no se puede deducir de esto que los profesionales de trabajo social carezcan de voluntad de poder; lo que sí se puede observar es que el maltrato institucional que sienten se subraya más que los deseos expresos de salir de las situaciones paradójicas de la administración. ¿Cómo convertir las amenazas en oportunidades? Esta pregunta queremos dejarla en el aire de las reflexiones posteriores que pueden hacer los profesionales.

Un ejemplo de deseo de formación es la siguiente cita del capítulo segundo del libro citado. Así expresa la entrevistada su deseo de ser más en la profesión:

*Para dudas éticas sí que encuentro ayuda en la formación, en la formación que estoy haciendo. Para mí sí que es una fuente de apoyo el estudio y el conocimiento (2011: 78).*

Y otra profesional nos muestra la capacidad de virar una situación de la que podría quejarse para utilizarla en beneficio del trabajo social. El comentario de la autora del capítulo tercero, Carmen Roncal, dice así: "en la relación interinstitucional que se da entre políticos y profesionales, en algunas ocasiones los profesionales también saben aprovechar a los políticos en beneficio del usuario":

*El alcalde viene a visitar siempre a los usuarios en Navidad... Cuando viene el alcalde todo se hace mejor, se limpia mejor, por lo menos los sitios donde va a pasar, se habla más con los usuarios, para explicarles que va a venir. Bueno, esto no lo hacemos igual si no viene el alcalde... ¿Y por qué lo hacemos cuando viene el alcalde?... porque estás en medio del sándwich, de la presión política, de la presión de tus jefes inmediatos y superiores, quiero decir, que se nota la presión de arriba abajo de una forma importante, y el uso (que se hace) de los usuarios (2011: 108).*

*Yo estoy dispuesta a un poquito, pero sólo un poquito, sobre todo viendo las ventajas que puede tener, porque si no hay ventajas, no me esforzaría ¿Qué ventajas tiene? Pues que salimos en la prensa y que es una forma de que las personas... Además cuando viene, los usuarios siempre le piden algo y algunas veces se consigue, entonces lo pongo en la balanza. ... Ése es uno de los momentos, no sólo el del alcalde sino el de las presiones políticas. Me hacen pensar hasta dónde debo yo servir a ese poder y hasta dónde no (2011: 109).*

Aquí se "pone de manifiesto la oportunidad que puede ofrecer el acto público de una autoridad política y del compromiso que puede asumir ante un colectivo. Esta profesional vive el acicalamiento excepcional de unas instalaciones como una presión por parte del poder político que no puede cambiar. Asume la situación y da un giro a la visita en términos de visibilidad del colectivo para el que trabaja, a la vez que tiene la posibilidad de poder concretar alguna petición de los usuarios. Este es un trabajo que contempla la dimensión política de su profesión; esto es lo que queremos destacar en este estudio".

Por otro lado, las recomendaciones que hace Nietzsche para el ejercicio ético del poder, son tan de sentido común que cualquiera podría aceptarlas para su aplicación. Son observaciones sobre la obediencia y el mando, sugerencias que vienen bien a todo el mundo pero, en especial, a las y los coordinadores de cualquier servicio o equipo: "Hay que aprender a mandar, de la



misma manera que necesitamos aprender también a obedecer a tiempo. Es preciso también aprender a ser modestos, a tener tacto en la modestia, a distinguir y a honrar oportunamente a los modestos; así también debemos distinguir, honrar, cuando se muestra confianza". Por otro lado, es preciso mantener la atención a uno mismo porque de lo contrario será motivo de falta no haber atendido a nuestras propias necesidades; de este modo, estimarnos poco supone perder la finura de oído para nuestros propios sentidos (ibid: 605). Es toda una magnífica invitación al cuidado de uno mismo y a aceptar la complementariedad con los que dirigen los equipos.

Aunque se podría continuar ad infinitum con los argumentos que llevan a Nietzsche a mostrarnos la fuerza de la voluntad de poder que reside en la vida, conviene continuar con él para destacar otros conceptos imprescindibles para los fines de este objeto de estudio, fundamentalmente por su relación con sus planteamientos sobre el método científico.

1. Nietzsche inaugura una nueva perspectiva epistemológica que podría ser considerada como los cimientos del construccinismo. Se trata de la concepción sobre la "verdad". Para él la creencia en un mundo verídico, un mundo "verdadero" nos produce una gran inestabilidad, porque ese mundo en el que creemos, no es más que pura ficción, un "mundo aparente" (ibid: 402). Existe en todos nosotros una aspiración a un mundo ordenado y estable, cuya "finalidad" está determinada por "alguien responsable" (Dios o la Naturaleza). Esta es, dice, la creencia que guía nuestra conciencia sobre la realidad, pero no es más que una ilusión, un autoengaño. No conocemos ningún hecho en sí, y parece absurdo pretenderlo, dice en otro lugar, todo es subjetivo (ibid: 337).
2. Por otra parte, la crítica al análisis causal está estrechamente relacionada con las ideas anteriores. Es la fe en la intención lo que nos da una gran seguridad en creer en la causalidad; no es que los fenómenos aparezcan en secuencia uno después de otro como causas y efectos perfectamente ordenados, porque la realidad no se presenta así; es nuestra incapacidad para poder interpretar un hecho de otra manera que no sea intencional: "no tenemos la menor experiencia respecto a la causa; semejante concepto, si queremos rastrearlo desde el punto de vista psicológico, procede de la convicción subjetiva de que nosotros somos causas (...), hemos tomado por causa la voluntad de hacer tal o cual cosa, porque la acción continúa". Así nos "convertimos en víctimas de una ilusión" (ibid: 372); es la ilusión del

sujeto que interpreta la realidad partiendo de sí mismo y siente que el yo pasa a ser la causa de toda acción.

3. En estrecha relación con las ideas sobre la causalidad, recogemos ahora su concepto del *perspectivismo*, innovadoras por demás en su época. Para Nietzsche no existe el mundo en sí, de ahí que no pueda haber una causa que actúe en la vida como motor de origen de algo. También hay que rechazar la idea de "que las cosas tienen por sí una naturaleza". Como vemos aquí Nietzsche cuestiona esa concepción tan sumamente extendida de que algo "es natural" por sí mismo. Y es que para él el mundo "es esencialmente un mundo de relaciones; mirado desde puntos distintos toma cada vez un nuevo cariz; su ser es esencialmente distinto desde cada punto" (ibid: 380-385). Esta sentencia ¿no nos recuerda al concepto de la "puntuación arbitraria en la secuencia de hechos" de Watzlawick?<sup>9</sup> Asimismo, para acercarse a la realidad del mundo, la perspectiva de un solo sujeto no es nada. Es necesario integrar la pluralidad de los sujetos.
4. Es importante destacar también en Nietzsche el valor que da a la interpretación por encima de la "explicación" a priori, definitiva, aquella que termina en un conocimiento dogmático sobre lo que sucede. Para él, el conocimiento es "interpretación, oposición de un sentido, no 'explicación'. Lo que nos sucede con la explicación es que termina con la incertidumbre y, por tanto, con el problema que azuzaba nuestro equilibrio, siempre precario, pero, al fin y al cabo, equilibrio, certeza, estabilidad. Las interpretaciones, por el contrario, son voluntad de poder, son evaluaciones en virtud de las cuales nos conservamos en la vida, o sea, dice, en la voluntad de poder, en el aumento de poder. "El valor del mundo debe buscarse en nuestra interpretación" (ibid: 415). Dicho con palabras de Sánchez Pascual: por medio de la interpretación no pretende Nietzsche "examinar críticamente la verdad o la falsedad de unas determinadas proposiciones, sino desenmascarar ilusiones y autoengaños, es decir, de 'sospechar' de aquello que se nos ofrece como verdadero" (1972: 15).
5. Y a los efectos de este trabajo, conviene añadir a este breve recorrido por el pensamiento de Nietzsche la importancia que da a los instintos y a las fuerzas irracionales del ser humano. De ahí que sea considerado un precursor de la teoría de la libido de Freud.

Es así como terminamos con Nietzsche, destacando de este epígrafe el concepto de *ser más*, como la idea guía del proceso

9. Se alude aquí al axioma de la comunicación que dice que la puntuación es arbitraria porque depende de aquel que decide cuál es la causa o el efecto que ha originado la controversia.

de la vida para lograr con mayor deseo la voluntad de poder. Con este contenido central queremos enlazar con Foucault quien, a ese *ser más*, el filósofo de la tragedia aportó la posibilidad de aplicación metodológica para guiarse por el camino de la vida y de la ciencia.

### Foucault y las dimensiones del concepto de poder

Descubrir las posibilidades de aplicación que tiene la filosofía de Foucault para el trabajo social es el propósito de este punto. Traer a Foucault es siempre un ejercicio de solidez epistemológica, por lo que supone desarrollar las cuestiones sobre el conocimiento del yo y su autogobierno; al igual que Nietzsche, este segundo filósofo nos impele a sospechar de nosotros mismos y esa duda nos exige reflexionar. La ingente investigación genealógica que hizo Foucault sobre *las prácticas de sí* cuyo hilo conductor es el *cuidado de uno mismo* y la búsqueda continua del sujeto en su acercamiento a la verdad, le lleva a estudiar este objeto a través de tres periodos históricos concretos en los que percibe diferencias éticas muy importantes: el de la Grecia clásica, el Imperio Romano y el cristianismo.

¿Qué buscaba el filósofo en esta gran aventura epistemológica? Trataba de averiguar de qué modo se había privilegiado el conocimiento de uno mismo en lugar de la preocupación por uno mismo, como actitud que implica un modo de enfrentarse al mundo y de relacionarse con los otros. Ocuparse de uno mismo –la *épiméleia*– es “el principio básico de cualquier conducta racional, de cualquier forma de vida activa que aspire a estar regida por el principio de la racionalidad moral”; la *épiméleia* implica una cierta forma de vigilancia sobre lo que uno piensa y sobre lo que acontece en el pensamiento; un determinado modo de actuar con uno mismo, a través de la cual uno se hace cargo de sí mismo, se modifica, se purifica, se transforma (1994: 34-35); mientras que el conocimiento de uno mismo no es más, dice, que una parte del ocuparse de uno mismo, actitud que se ha visto relegada en “la historia de la verdad” (ibid: 33-37).

Y, ¿qué es el poder para Foucault? Él insiste reiteradas veces en que no le interesa el poder en sí como objeto de investigación sino el sujeto en su relación con los otros y consigo mismo porque el poder no se posee, es un fenómeno relacional. De ahí que el interés primordial para el trabajo social se centre en la mirada que pone el filósofo en el sujeto como creador de prácticas y de discursos. “Mi problema es ver cómo los hombres gobiernan (a sí mismos y a otros) mediante la producción de la verdad”, dice el filósofo (cit. por Foote, C. E. y Frank, A. W. 1999: 250). En esta línea de pensamiento, lo importante para él es “conocer quien habla; quien tiene derecho a emplear tal lenguaje; quien recibe de él su singularidad, su prestigio, etcétera. En el caso de

los médicos, su estatuto comporta criterios de competencia y de saber, además de un sistema de diferenciación y de relaciones, cierto número de rasgos que definen su funcionamiento en relación con el conjunto de la sociedad. El médico no es un personaje intercambiable. La palabra médica no puede proceder de cualquiera” (Foucault: 1991: 82-83).

Estas afirmaciones tan reales sobre los médicos no se pueden trasladar al discurso del trabajo social toda vez que nuestra disciplina no ha adquirido aún la legitimidad social de la que goza la medicina. Todavía hay intrusismo; todavía muchos desconocen la existencia de la disciplina o los resultados de sus intervenciones; todavía no hay investigación; todavía se trabaja a golpe de espontaneísmo y de voluntariedad. En fin, todavía hay tantos complejos en su seno que no se acepta la crítica venga de donde venga. Y mucho menos la autocrítica. Para subrayar esta afirmación traigamos a Allan Irving en su cita a Leslie Margolin: “El trabajo social rehúye, dice, hacer críticas profundas de sí mismo ‘por miedo a destruir una ilusión de unanimidad’. El trabajo social inventa constantemente historias favorables sobre sí mismo y ‘condena la autocrítica al silencio y a la mala conciencia’”. De ahí que el propio Irving afirme: “Escribo con la convicción de que un cuestionamiento radical y un pensamiento audaz puede conducirnos hacia una comprensión más profunda del mundo” (2001:110-111). No podemos dejar de estar más de acuerdo con estas observaciones.

En trabajo social hacen falta conocimientos que ayuden a analizar una realidad social cada vez más compleja. Y eso sólo se podrá comenzar a hacer cuando se abandone el deseo de alcanzar la “verdad” y el control sobre la “realidad”; cuando se acepte que la vida toda es pura incertidumbre y que solo dialogando con el mundo desde una posición de humildad, que obligue a los trabajadores sociales a recurrir a los saberes que otros nos han proveído, se podrán apaciguar las frustraciones que resultan de intervenciones irremediabilmente ineficaces muchas veces. Para todo ello habrá que abandonar el yo como principio activador de transformaciones de la realidad social, y renunciar a la actitud de “poder salvífico” que tiene en su seno el trabajo social. Renunciando a todas estas actitudes, profundamente arraigadas, los profesionales se podrán liberar de los vaivenes que tanto les desorientan: la oscilación de la omnipotencia (poderlo todo) a la impotencia y viceversa. Porque esos saberes nos proporcionan la posibilidad de poner nombres las cosas, y es preciso saber cuanto antes que sin conceptos estamos ciegos porque es el acto de nombrar lo que crea realidades y objetos de investigación, no la mera relación de datos de las realidades que conforman el mundo en el que intervenimos. Frente a este modo de hacer diagnósticos, como listas de hechos o de situaciones-problema, “proponemos enfoques que investiguen nuevas formas de analizar la realidad y consigan dar

sentido a las grandes macroestructuras (comprender al otro tomando en consideración el género, la cultura, la etnia, la clase social, etcétera). Se trata de acercarse al otro reconociendo el enorme efecto que tienen todos estos factores en su experiencia personal" (Rodríguez, A. y Zamanillo, T. 2011).

El objeto discursivo de la disciplina del trabajo social tiene una historia que, como la de cualquier otra, no es lineal y, por ello, no tiene un punto de nacimiento y un camino de progreso entendido como la evolución hacia mayores cotas de crecimiento científico. Nada más lejos de esta concepción. Pero el trabajo social, en líneas generales en casi todos los países, sigue fiel y leal a sus premisas positivistas y empíricas, fundamentadas en la concepción de una ciencia en la que prima la lógica y la racionalidad como las únicas vías que posibilitan el acceso a la realidad, y permiten un acercamiento progresivo a la "verdad". Son muy pocos los círculos de trabajo social en los que se discute el acceso al conocimiento de la "verdad", de la realidad de los "otros" en el encuentro intersubjetivo; son muy pocos los que se atreven a construir un saber que puede estar más acá y más allá de eso que se llama realidad. Lo más común es oír decir el siguiente tópico: "los trabajadores sociales son los profesionales que están más cerca de la realidad". Este concepto de realidad, de alguna manera oculta una "realidad" sospechosamente estática, dogmática y "objetiva" que proviene de la fe en la razón y en el conocimiento científico positivista. Lo que precede no es un juego de palabras, pretendemos acercarnos lo más posible a las verdades que se encuentran tras los grandes cortinones que velan la claridad de la luz. Para recorrer este camino hacia la "verdad" nos vamos a dejar acompañar a ratos del propio Foucault y de los autores de trabajo social que han estudiado su pensamiento.

No obstante, somos conscientes de las dificultades que tiene el trabajo social para hallar el camino en el que conducirse en instituciones que modelan, condicionan y orientan sus prácticas desde que se formó su disciplina. Pero si se comprende que la "disciplina" tiene más acepciones que la que le damos, aceptaremos, como señalaba Foucault, que una disciplina "no puede ser identificada ni con una institución ni con un aparato. Es una forma de poder." Pero como tal forma de poder produce efectos de normalización que no se reducen a influencias negativas. El proceso de normalización no se limita solo a hacer "desaparecer una conducta no deseada, también da forma a conductas deseadas" (Chambon, A.: 2001: 152).

Por este camino hemos llegado a la dimensión positiva de Foucault sobre el poder. El poder funciona también en la dirección opuesta a la de la imposición, "no reprimiendo la subjetividad sino promoviéndola, cultivándola, alimentándola". Así, lo que hace que el poder arraigue en el cuerpo social, lo que hace que se le acepte, "es simplemente que no pesa sola-

mente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir" (cit. por Pelegrí, X. 2004: 26). "En opinión de Foucault, el poder funciona mejor no imponiendo directamente la fuerza sobre las personas, sino constituyendo indirectamente la subjetividad de los individuos (...) El poder logra su efecto porque produce "verdades" para las personas –no porque oculte la "Verdad" a las personas. El poder maximiza la vida porque proporciona subjetividades que la gente puede asumir en su vida cotidiana, en lugar de privarle de su subjetividad. Esta nueva forma de poder es lo que Foucault llamó poder disciplinario (...) Lo que el poder puede hacer es inducirnos a participar. El poder depende de nuestra participación activa en el discurso propuesto y regulado por él para maximizar su efecto y minimizar resultados alternativos" (Wang, F. 2001: 286).

La cita que a continuación se trae es un ejemplo de una trabajadora social que se plantea la intervención desde una posición de poder en la cual, la implicación del otro en la toma de decisiones que ha de llevar a cabo, le va a facilitar la adopción de una conducta deseada, no sólo por ella como profesional de ayuda, sino también para la persona. Este es el arte del trabajo social formulado desde sus comienzos por Mary Richmond: hacer tomar participación al cliente en sus planes.

*... siempre hay posibilidades para implicar al otro en el proceso de decisión: explicarle las alternativas, preguntar cómo lo ve él, qué considera que sería mejor para su propio proceso, hacerle participe. Al principio no me gustaba, me resistía a identificarme en mi función de control, pero estoy ahí, es inevitable, ¿por qué no sacarle el máximo provecho? (2011: 68).*

Pero la lógica profesional no va por estos caminos; se ha convertido con el paso del tiempo en un saber instrumental. Esto es lo que se cuestiona en un artículo de la Revista de Treball Social ¿"Cambio o intercambio? Hacia un proyecto profesional no instrumental": Hoy seguimos preguntándonos: ¿Por qué en trabajo social damos más prioridad a cuestiones de técnicas, objetivos y actividades, encaminadas al cambio de los 'otros', que a las de intercambio, experiencia y descubrimiento humanos? De esta forma anhelamos recursos externos sin profundizar en la riqueza que porta nuestro ser y el de los otros. Entendemos la intervención profesional en términos de relación unidireccional y causal cuyo resultado debe ser el cambio del sistema en el que trabajamos, concepción que nos aísla del sistema que se forma en la relación con el otro. "Esta representación de nuestro

acto profesional nos lleva irremediabilmente, aun cuando no se haga consciente, a una actitud de saber más que el otro (...) y algunas veces a actitudes sutiles de prepotencia y manipulación, difíciles de descubrir por cuanto que todo forma parte de esa racionalidad instrumental que nos legitima como profesionales" (Zamanillo, T. 1992). De alguna forma, que sigamos inmersas en un sistema así concebido, y que formemos parte responsable de la dependencia que se crea con los ciudadanos, como se ha dicho, debería llevar a preguntarnos ¿qué haríamos los trabajadores sociales si nos quitaran las ayudas económicas? Es este el momento de plantearnos estas y otras cuestiones de este tipo. Sin demora.

Y esta forma negativa de ejercer el poder se halla también en el pensamiento de Foucault. En la relación profesional del trabajo social, al igual que en todas las relaciones de ayuda, el sujeto está sometido a la mirada del profesional mediante el "examen" bajo "una mirada normalizadora, una vigilancia que hace posible calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona" (1994: 189). Las personas pasan a ser objetos de estudio y evaluación. El contrato de la RMI es fundamentalmente un ejercicio de poder para el trabajador social que de no tener conciencia de sí mismo, de la relación y del otro, se presta a mil sutiles formas de no hacer un buen uso del encuentro. La pregunta frecuente que se hacen los trabajadores sociales se impone en este punto: ¿Cómo puedo motivar a un grupo que está de entrada desmotivado? (Oviedo nov. 2011 en Seminario de dinamización comunitaria e intervención con grupos).

Es aquí donde más nos puede ayudar Foucault con sus reflexiones sobre el cuidado de uno mismo y el cuidado del otro. En primer lugar traeremos un aserto del filósofo digno de mención: "El conocimiento útil, el conocimiento en el que la existencia humana está en cuestión, es un modo de conocimiento relacional, asertivo y prescriptivo, capaz de producir un cambio en el modo de ser del sujeto" (1994: 78). Mas, sigamos con el cuidado de sí en el que está implicada la libertad del sujeto al establecer una relación consigo mismo de dominio, de poder, de no ser esclavo de uno mismo. Y añade Foucault: "El cuidado de sí es ético en sí mismo: pero implica relaciones complejas con los otros, en la medida en que este *ethos* de la libertad es también una manera de ocuparse de los otros (...) Nos encontramos así también con el arte de gobernar. El *ethos* implica también una relación para con los otros, en la medida en que el cuidado de sí convierte a quien lo posee en alguien capaz de ocupar en la ciudad, en la comunidad, o en las relaciones interindividuales, el lugar que conviene (1994: 116). El cuidado de sí supone autoconocimiento, exige poner la mirada en la relación que uno establece consigo mismo en la situación en la que se encuentra y que varía, obviamente, a lo largo de la existencia del sujeto y de su cotidianidad.

De lo contrario, cuidar de los otros en primer lugar, daría como resultado múltiples errores en relación con el poder: proyectar las fantasías de uno, abusar, ser paternalista, etc. Para poder ejercer el poder éticamente, es necesario, dice Foucault, que exista al menos un cierto tipo de libertad por cada una de las dos partes." (1994: 126). Por ello, a la pregunta de cómo motivar a los desmotivados, o a las personas a las que se les supone que no tienen poder, es preciso responder con la mirada vuelta hacia uno mismo, buscando la verdad de uno en la relación con el sujeto haciéndose preguntas acerca de esta relación.

## CONCLUSIONES

En primer lugar hemos traído el escenario en el que se ejercen las relaciones de poder, la dominación burocrática; en segundo lugar ha venido, sí, al marco del poder, el sujeto de poder, aquel que tiene la voluntad de hacer de sí mismo algo más que lo que le dictan los preceptos que proceden de los "prejuicios morales", aquel que quiere *ser más*; y, por último, lo más complejo: cómo acceder a la verdad por medio del cuidado de uno mismo y de los otros como cuestión ética de primer grado para hacer un uso ético del poder.

Pero más allá de "crear" en todo lo mostrado o aceptar la fuerza de los argumentos sin ningún cuestionamiento, podemos hacernos algunas preguntas que, entre otras, pueden ser: ¿el concepto de dominación burocrática es útil para la comprensión de las organizaciones burocráticas y sus exigencias institucionales? Las mismas preguntas para los conceptos de perspectivismo o de causalidad, esto es: ¿de qué forma los conceptos de Foucault, como los de cuidado de sí y de los otros, nos ayudan a comprender y a actuar en el campo de las relaciones de los trabajadores sociales con los ciudadanos de una forma más libre y, por tanto, más ética?

No es fácil reconocer el poder del otro, pero es necesario, es un acto ético llegar a tener la libertad de poder relacionarse con los otros a partir del reconocimiento de: tú eres sujeto de poder y yo también lo soy, de modo que los dos nos relacionaremos teniendo en cuenta esta premisa. Son palabras de Javier Uriz quien para expresar esto parte del presupuesto de que todo sujeto tiene una necesidad fundamental de desplegar su poder en el entorno, en la medida en que es un ser vivo, porque el poder nace de la relación vital que tiene el individuo con su medio. En ese sentido entiende que es un proceso en el que el individuo implica una buena parte de sus cualidades y sus recursos, ya que para satisfacer las necesidades de subsistencia todo el mundo posee alguna forma de poder.

Otra cosa distinta son las necesidades de *ex-sistencia*, que se refieren según el autor, a aquéllas por las que el sujeto trata de modificar su entorno. Estas son más difíciles de despertar en los

sujetos con los que trabajamos. Y es que poder, interés y deseo son energías individuales que no se distribuyen por igual. Mas, aun cuando puedan existir personas con escasos recursos y fuerza, que no generan mecanismos de poder para incorporarse a los flujos del entorno, como también reconoce Uriz, las necesidades de *ex-sistencia* pueden ser descubiertas por los sujetos con los que trabajamos si establecemos con ellos una relación en la que se les reconozca como sujetos de poder, en lugar de sujetos vulnerables y en situación de sumisión.

Conocer el poder subjetivo, y las relaciones de poder, es fundamental para los futuros profesionales porque, responde a un tipo de intervención del que se habla mucho pero no sabemos si se sabe mucho o poco del mismo, al menos no hemos podido apreciarlo en la investigación realizada. Nos referimos a los procesos de empoderamiento de los sujetos con los que trabajamos los profesionales del trabajo social. Porque la mayor parte de las personas que acuden a los Servicios Sociales tienen necesidades de subsistencia a las que hay que dar respuesta, pero las de *ex-sistencia* son las que han de despertar los profesionales en el proceso de intervención con el acompañamiento.

Y ¿en qué se manifiestan más claramente las relaciones de poder en el trabajo social? Debería ser casi imposible que los trabajadores sociales no se reconozcan como profesionales de poder, al menos, en dos actos profesionales por excelencia: en el lugar de la entrevista y en el diagnóstico. En la entrevista, el profesional pregunta y a veces demasiado. No se da cuenta de que, como dice Elias Canetti, premio Nobel de literatura de 1981, en su gran obra de filosofía política *Masa y poder*: "Cuando las preguntas se acumulan no tardan en irritar al interrogado. No solo lo retenemos exteriormente; con cada respuesta muestra una nueva faceta de sí mismo (...). Porque el efecto de las preguntas consiste en aumentar el sentimiento de poder del que interroga" (...). Por otro lado, está el poder de enjuiciar que provoca un sentimiento de placer que no conoce cautela alguna. "Se emite con rapidez; y la falta de reflexión es lo más adecuado a su esencia". Y en el diagnóstico, también sin darnos cuenta, sentimos el placer de clasificar (2002: 364-380). Y la clasificación es, en el caso del trabajo social, entre grupos vulnerables que necesitan ayuda del estado y grupos exentos de necesidades que no la necesitan. Clasificación dualista que no hace honor a la ciencia.

Por todo lo expuesto en este trabajo, pensamos, además, que en los estudios de trabajo social debería incluirse en primero de carrera una materia sobre epistemología de las ciencias sociales, que no del trabajo social. En ella se podrían tratar las cuestiones de ética puesto que una episteme sin contenido ético, en esta materia, no es episteme; es actuar de cualquier otra forma de las que hemos hablado: haciendo diagnósticos como listas de problemas; no ver la complejidad de la intervención social; no saber escuchar al otro y llenarle de preguntas que, queramos o

no, le someten; mirar la relación con el otro desde una posición de saber más, etcétera. Para obtener todo este conocimiento hemos de ir a otras fuentes que no provienen solo del trabajo social. Y las disciplinas de las ciencias sociales están ahí para que todos los que nos movemos en este terreno podamos acudir a ellas. Lo que hace el trabajo social es una labor de síntesis que va avanzando poco a poco y creando un cuerpo de conocimiento digno de interés para la comunidad científica.

Hablamos más arriba con Foucault del arte de gobernar. Con estas ideas queremos terminar este trabajo. Un trabajador social, una coordinadora de servicios sociales, en fin, los profesionales de la ayuda, en general, disfrutarán más en el ejercicio de su profesión si aprenden el arte de gobernarse a sí mismos para poder ejercer, de manera razonable y virtuosa, el poder al cual cada uno está destinado; y el sistema burocrático donde se ejerce la labor del trabajo social es el de la administración de lo social, en el que se gestiona y se trata de distribuir con justicia y de acuerdo a derecho los bienes sociales.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, J. Prólogo de *Sociología del poder*. Weber, 2010. Alianza Editorial.
- Canetti, E. *Masa y poder*. Madrid, 2002, Círculo de Lectores.
- Castillo F. En Coletti, M y Linares: *La intervención sistémica en los servicios sociales ante la familia problemática*. 1997, Barcelona. Paidós.
- Chambon A. S., Irving A. y Epstein, L. *Foucault y el trabajo social*. 2001, Jaén, editorial Maristán.
- Cubides Cipagua. H. *Foucault y el sujeto político. Ética del cuidado de sí*. 2006, Bogotá, Siglo del Hombre Editores,
- Foote, C. E. y Frank, A. W. En *Foucault y el trabajo social*. 2001, Granada, editorial Maristán.
- Foucault, M. *Hermenéutica del sujeto*. 1994, Madrid, La Piqueta
- Saber y verdad*. 1991, Madrid, La Piqueta.
- La arqueología del saber*, 1991, Madrid, Siglo XXI.
- Frank, T. Y. "Resistencia y tercera edad: el sujeto tras el movimiento americano de mayores". En *Foucault y el trabajo social*. 2001, Granada, editorial Maristán.
- Moore, H. *Ser escultor*, 2011, Barcelona, ELBA.
- Nietzsche, F. *La voluntad de poder*, 2004, Madrid, Biblioteca Edef.
- La genealogía de la moral*, 1972, Madrid, Alianza Editorial.
- Pelegrí, X. "El poder en el trabajo social: una aproximación desde Foucault". *Cuadernos de Trabajo Social* nº 17, 2004, Escuela Universitaria de Trabajo Social, Universidad Complutense de Madrid.
- Rodríguez, A. y Zamanillo, T. Alfonsa Rodríguez y T. Zamanillo. "El pensamiento de Mary Richmond. Algo más que una ventana al pasado". En *Cuadernos de Trabajo Social*, nº 24, 2011, Escuela Universitaria de Trabajo Social, Universidad Complutense de Madrid.
- Sennett, R. *El respeto*, 2003, Barcelona, Anagrama.
- Uriz, J. *La subjetividad de la organización*. 1994, Madrid, Siglo XXI.
- Vattimo, G. *Diálogo con Nietzsche*. 2002, Barcelona, Biblioteca del presente.
- VVAA: *Ética, teoría y técnica. La responsabilidad política del trabajo social*. Madrid, 2011, Ed. Talasa.
- Watzlawick, P., Beavin-Bavelas, J. y Jackson, *Teoría de la comunicación humana*. Ed. Herder, 1989.
- Weber, M. *Sociología del poder*. Weber, 2010. Madrid, Alianza Editorial.
- Zamanillo, T. "¿Cambio o intercambio? Hacia un proyecto profesional no instrumental". En *Revista de Treball Social*, nº 126, pags. 78-85, Barcelona, junio, 1992.
- Trabajo social con grupos y pedagogía ciudadana*. Madrid, 2008, Ed. Síntesis.